

ANTIGUEDADES Y BELLEZAS DE VALENCIA.

Colegio Andresiano é Iglesia de las Escuelas Pias.

III.

CONVINIERON en guardar sobre ello el mayor sigilo, pero antes de concluir el dia no se hablaba en la ciudad de otra cosa: á la nobleza, y particularmente á los sugetos instruidos y desapasionados de todas clases, les parecia que en el estado en que se hallaba la educacion pública debia ser sumamente útil la fundacion; el vulgo, amigo de novedades, solo por verlo deseaba verla plantificada; las comunidades religiosas se mostraron completamente indiferentes; y solo una de ellas, dedicada tambien á la instruccion de la juventud, y los maestros ó pedagogos que recelaban verse perjudicados en sus intereses, se pronunciaron abiertamente contra ella, en tales términos que se empezó á dar á este negocio la mayor importancia, y á mirarse como personal para cada uno de los partidos: ambos escribieron á la Côte, se cruzaron por parte del P. Ignacio las recomendaciones de D. Alvaro de Bazan, marqués de Santa Cruz, mayordomo mayor de la reina, de las señoras duquesas de Medinaceli, y de Liria, de la marquesa de Torrecuso, del eminentísimo señor cardenal Molina, gobernador del consejo, del marqués de la Escala, del de Castellar, y de otras muchas personas influyentes, para cuantas podian tener alguna intervencion en ello; y por el contrario, se pusieron en juego por parte de los PP. J. y sus allegados, casi iguales resortes á fin de paralizar la dependencia, y lo lograron efectivamente prevalidos de la preponderancia con que manejaban el ayuntamiento, los abogados D. J. B. B., y un cuñado D. S. L., jactándose públicamente de que los padres se volverian á los colegios de Aragon en los propios términos que habian venido.

En tanto el P. Ignacio y su compañero, y aun el conde de Carlet, recibieron varios desaires, que hubiesen hecho abandonar la empresa á otros menos decididos, y convencidos de la santidad de su causa: aquellos padres, como hemos dicho, se hallaban hospedados en casa de la señora viuda de Navasses, que estaba fronteriza de la que llaman *Longeta del Mustasaph*, y por consiguiente junto á la casa profesa de la C. de J., con cuyo motivo pasaba el P. Ignacio á decir misa á su hermosa iglesia; siendo recibido al principio con el mayor agrado, que se troca en descarado desvio desde luego se supo el objeto de su venida, por lo que se fue á la del real convento de san Agustin, cuyo prelado no solo le trató con el mayor agrado, si que dió orden para que se le tuviesen prevenidos ornamentos para que la celebrase á la hora que le acomodase.

Parecióle al conde no era regular que el P. Ignacio y su compañero abusasen mas del hospedage que les dispensaba dicha señora de Bonilla, y que estarían mas acomodados en el convento de capuchinos, pagando él los gastos, como sabia que lo habian hecho otros sugetos; pero recibió una desagradable negativa, con el pretexto de su pobreza, y de lo que podia perjudicarles tal compromiso; é igual respuesta tuvo de otras comunidades: únicamente la de

Los PP. carmelitas descalzos, vulgo de San Felipe, les ofrecieron, no solo el hospedaje, si que una servilleta en su pobre mesa; pero no queriendo el conde despues de lo ocurrido esponer á aquella comunidad á algun disgusto, dispuso se trasladasen á la casa de campo que poseia á espaldas de San Vicente de la Roqueta, llamada comunmente la alquería de Cárles, por el apellido de su arrendatario; en cuya hermosa habitacion permanecieron desde el 28 de Abril hasta últimos de Noviembre de 1737. Esta novedad causó en Valencia una sensacion indecible, pues aun sus apasionados creyeron no tenia otro objeto que el irse desviando para volverse con mayor disimulo á su colegio de Albarracin: el propósito de los J. pasó á ver al corregidor D. Arias á inquirir si era cierto y rogarle los despidiese cuanto antes: y el guardian de S. F., con la llaneza de su hábito, le suplicó tambien se opusiera á la fundacion, ó por lo menos que no la verificasen cerca de su convento para que no les disminuyesen las limosnas, propasándose á proferir amenazas en caso de que se les diesen por vecinos; pero D. Arias le contestó con gracia: «Que no le faltarian las asistencias aunque se verificase la nueva fundacion, y que cuando S. F. se quedase sin comer, los padres de la Escuela Pia se habrian ya muerto de hambre.»

En tal estado llegó el permiso del señor arzobispo D. Andrés de Orbe, fechado á 30 de dicho Abril: con ello volvieron á comoverse las dos parcialidades: el corregidor creyó oportuno dar nuevo impulso á la pretension, al efecto convocó para su casa al P. Ignacio el dia 12 de Mayo á las nueve horas de la mañana, y en ella se formó un nuevo memorial del que se entregaron copias á cada uno de los regidores y al secretario de la ciudad, junto con una carta muy expresiva del marqués de Santa Cruz. Habíanse ganado los votos de los regidores D. José Ribera, decano, D. Francisco José Minuarte y D. Juan Bautista Bordes, y preparado el terreno oportunamente; así que dada cuenta en el ayuntamiento del dia 15, al discurso pronunciado por el corregidor, inculcando los beneficios que reportaria la ciudad con la fundacion, y cuánto la importaba tambien el tener propicios á los primeros señores de la Córte que la recomendaban, se siguió el voto unánime y pleno del ayuntamiento acordando dictase la resolucion el mismo D. Arias, y facultando al P. Ignacio para que la presentase á S. M. y consejo supremo de Castilla para su debida aprobacion.

Esta resolucion del ayuntamiento fue recibida por toda la ciudad con un placer extraordinario, sintiéndola únicamente los PP. J. y sus allegados, que en su despecho tacharon á los regidores sus parciales de pusilánimes y poco cuerdos; pero confiando lograr en la Córte lo que no habian podido en Valencia, enviaron al efecto al P. Diego P., sugeto muy docto y versado en toda clase de negocios, quien llegó á Madrid casi al mismo tiempo que los documentos de actas y demás librados por el secretario de cabildo, remitidos al P. provincial, conociéndose desde luego su influencia por las dificultades que para su pase se ofrecieron en el consejo. Recurrió el P. Juan Crisóstomo á su ilustre protector D. Alvaro, pero por uno de aquellos acasos que dispone la Providencia en sus inescrutables designios, vió faltarle este robusto apoyo en tan críticas circunstancias, pues un accidente apoplético asaltó al marqués á mediados de Setiembre, llevándose el Señor para sí el 27 del propio mes.

J. M. Zacarés.

ESTUDIOS DE HISTORIA.

LOS VÁNDALOS.

DE todos los pueblos originarios del Cáucaso, á cuyas emigraciones del Asia á Europa se dió el nombre de *invasion de los bárbaros*, y que destruyeron el viejo imperio romano, dividiéndoselo entre sí, no hay ninguno cuya historia sea mas singular y rara, que el de los vándalos. Colocados como vanguardia de aquel inmenso egército de naciones, é impelidos constantemente por él, no se pudieron detener sino sobre un tercer continente, de forma que habiendo nacido en el círculo polar, fueron á buscar su esterminio bajo el trópico.

Los godos, oriundos de la antigua Escitia, se habian establecido en la Dacia, sobre el bajo Danubio, cuando Aureliano en 274 retiró sus tropas de esta provincia, que Trajano habia agregado al imperio. Otros pueblos, de los que vivian entre las lagunas Meótides, el Cáucaso y el mar Caspio, en la region que el godo Jornandés llamaba la *fábrica del género humano* (*officina gentium*) empezaron á explorar las tierras comarcanas, y animados con los fértiles pastos que encontraron; y con la esperanza de un seguro botin, se internaron en Europa, llevando tras sí sus mugeres y ganados. Primero tropezaron con los godos, que huyeron espantados á su vista, y fueron á reunirse en las orillas del Danubio, implorando humildemente un asilo en el territorio del imperio. El débil Valente, á quien persuadieron sus aduladores de que convenia acoger los nuevos súbditos recién convertidos al cristianismo, que le enviaba el cielo para defender sus estados, recibió estos peligrosos huéspedes, que muy luego lo asesinaron con todo su egército en 378. De este modo cayó el imperio en poder de los bárbaros.

La nacion de los vándalos era la primera de las asiáticas, á cuya vista habian huido los godos; y despues que éstos atravesaron el Danubio, y mientras que su gefe Alarico amenazaba á la Italia, aquellos se habian situado en diversas provincias de Alemania, Stilicon, vándalo de origen, ministro del emperador Honorio, á quien dominaba despues de haber salvado dos veces el imperio con sus victorias contra Alarico y Radagasio, concibió el proyecto de ser asociado al imperio y legarlo á su hijo; y para obligar á ello al emperador, por la necesidad que tendria de sus servicios, llamó al Rhin á los bárbaros de su nacion, despues de haber desguarnecido de propósito de tropas romanas esta frontera. Los vándalos pasaron el rio el 1.º de Enero de 407, é inundaron las Galias, talándolas y destruyéndolas en todos sentidos por espacio de dos años, hasta que hostigados por los romanos, á quienes dejaba respirar en Italia un momento de paz, y por los alanos, suecos y godos, que tras de ellos habian invadido las Galias, y que á su vez hostigaban á los francos y los lombardos, forzaron el paso de los Pirineos, y penetraron en España en 409, abriendo el camino á los demás pueblos bárbaros.

Cuando los vándalos atravesaron los Pirineos, Geroncio, gobernador de España, que acupaba la Tarraconense, preservó de la invasion toda la parte oriental, y los bárbaros que habian penetrado por Navarra y Vizcaya, se divi-

dieron entre sí lo restante de la nacion. Los suevos se situaron en Asturias y Galicia, los alanos en la Lusitania y el reino de Leon; y la mayor parte de los vándalos, de los que algunos quedaron tambien en las provincias del Norte, habian penetrado hasta la Bética accidental. Las tropas romanas, entre tanto, ocupadas en conspiraciones y revueltas, aclamando emperadores á un Constantino en las Galias, y á un Máximo en España, no opusieron la menor resistencia á este primer establecimiento de los bárbaros; sus hermanos del Norte fueron los que vinieron á arrojarlos de estos nuevos dominios.

El grande Alarico habia muerto en Calabria, despues de haber tomado á Roma, cuando preparaba la conquista de Sicilia, y los visigodos habian elegido rey á su cuñado Ataulfo. Honorio, refugiado en el puerto de Rávena, ciudad defendida en otro tiempo por el mar como Venecia, esperaba lleno de espanto que lo fueran á sitiar en su retiro, dispuesto á huir á Oriente en busca de su hermano Arcadio; pero el amor salvó su trono, al que ya no podian defender las armas. Ataulfo, enamorado de Placidia, hermana de Honorio, á la que Alarico habia hecho prisionera en Roma, consintió, por obtener su mano, no solo en hacer la paz con el emperador, sino en servirle como auxiliar, y evacuó la Italia, marchó á las Galias á vencer un nuevo emperador que habian proclamado las tropas, y entró despues en Cataluña y tomó á Barcelona, donde lo asesinó un esclavo. Walia, elegido rey de los godos, continuó la obra de Ataulfo: ajustó con Honorio un tratado de paz y alianza, por el que se obligaba á arrojar de España á los demás bárbaros, y á devolver esta provincia al imperio, con la condicion de que le seria cedida la Aquitania para establecerse en ella con los suyos á título de confederados del imperio romano. Concluido este ajuste, salió Walia á campaña, entró en la Bética por el reino de Murcia, venció dos veces á los vándalos, los arrojó de ella, y persiguiéndolos al través de la Lusitania, donde tambien venció á los alanos, confinó y amontonó todos éstos pueblos en el ángulo de la Península llamado Galicia, y despues de haber entregado la España á los oficiales del emperador, se volvió á establecer en Tolosa, capital de sus nuevos estados (420).

Apenas habia vuelto á repasar los montes, se sublevaron nuevamente los vándalos mandados por Gonderico, y despues de batir á los turcos, con quienes estaban en desacuerdo, se precipitaron por segunda vez en España. El gobernador Castino fue enviado á detenerlos, pero el ejército romano fue batido en las inmediaciones de Córdoba, y los bárbaros penetraron sin obstáculo hasta las orillas del Mediterráneo, desde donde fueron unos á saquear las islas Baleares, y otros, retrocediendo, tomaron á Cartagena y Sevilla, donde pereció Gonderico. La emperatriz Placidia, despues de la derrota de su general, envió cerca del nuevo rey Gonderico, á Bonifacio, gobernador de Africa, que negoció la paz, y los vándalos quedaron dueños de las provincias meridionales de España (426).

La permanencia en ellas no duró, sin embargo, largo tiempo. Dos años despues, Bonifacio, vendido por Aecio, su rival en la córte, caido en desgracia á pesar de los importantes servicios que habia hecho á Placidia, resolvió conservar por la fuerza un gobierno que le quitaba la intriga; y siguiendo el ejemplo de Stilicon, llamó en su auxilio á Gonderico, con quien tenia relaciones amistosas de resultas del tratado que habia ajustado con él. Los vándalos no titubearon en abandonar una tierra asolada por diez años de destrozos, para

ir á destruir otra todavía virgen , y todos pasaron el Estrecho en 428.

Donde primero se establecieron fue en la Mauritania occidental , hoy reino de Marruecos , pero fueron estendiendo sucesivamente sus conquistas entre el Atlas y el mar , y cuando tomaron y destruyeron á Cartago , en 439 , eran dueños de toda la costa de Africa , desde el Egipto hasta el Océano. No pudiendo estenderse mas por el continente , al que protegían sus desiertos , se dedicaron en el mar á espediciones de piratas , atacaron sucesivamente á Cerdeña , á Sicilia , y hasta llegaron á saquear á Roma en 455 . El imperio hizo repetidos esfuerzos para destruir á estos bárbaros que desolaban el Mediterráneo , y para arrojarlos de una provincia rica , que habia sido el *granero de Roma* ; pero los vándalos resistieron largo tiempo , y rechazaron , entre otras , una espedicion formidable que envió contra ellos el emperador Leon , hasta que al fin en 553 fueron atacados , vencidos y aniquilados por el ilustre y desgraciado Belisario , y su raza entera pereció al filo de la espada romana.

En las lenguas de Europa se ha conservado la palabra *vandalismo* , para espresar aquella pasion á destruir , aquel odio á todos los monumentos , á todas las artes , á todas las industrias , que dominaba á los bárbaros que invadieron el imperio romano , y entre los cuales los vándalos , sus precursores en la Germania , las Galias y España , dieron los primeros y mas horribles egemplos , semejantes á los borgoñones , á los lombardos y á otros pueblos que no pudieron fundar un imperio duradero , dejaron al menos su nombre á una provincia. La parte meridional de España habia sido denominada *Bética* , primero por los griegos y despues por los romanos , por el nombre de su principal rio el *Bétis* , que los árabes llamaron luego Guadalquivir , el gran rio. Cuando esta provincia fue cedida á los vándalos por el tratado ajustado entre ellos y Bonifacio en 426 , tomó el nombre de *Vandalicia* , que conservó por espacio de trescientos años bajo la dominacion de los godos. Pero á principios del siglo VIII , dirigiendo los árabes sus conquistas del Mediodia al Norte , y subiendo por el camino que habian traido los bárbaros del Norte al Mediodia , pasaron de Africa á España , y fijaron en la Vandalicia el centro de su imperio en Europa , sin que cambiaran el nombre de esta provincia , sino estendiéndolo , por el contrario , á toda la Península ; pero lo alteraron por la diferencia de su pronunciacion , y la palabra Vandalicia en su boca se convirtió en *Andalouse* , de donde se formó el de *Andalucía* , que hoy tiene la antigua Bética. — *R. de C.*

LAS SOCIEDADES SECRETAS EN ALEMANIA Y SUIZA *

LA JOVEN ALEMANIA.

I.

EN aquella época de tanta agitacion y desórden que siguió á las guerras de la independencía , y cuando ya las sociedades secretas de la Alemania comenza-

* Estos artículos son continuacion de los que publicamos en las páginas 105 , 117 , 134 , 164 , 180 y 196 de esta *Revista*.

ban á arrojar la máscara que las cubria, contestó el célebre historiador Niebuhr, al preguntarle qué medidas deberian tomarse para detener su curso: «Ignoro si hay alguna conspiracion tramada entre la juventud; tan solo sé que existen algunos fanáticos de una secta política, mas peligrosa todavía que una conspiracion, porque no se pueden arrancar enteramente sus raíces, sin hincar el arado hasta el centro de la tierra. En nuestros dias los ánimos se han tornado al estado de salvages, y ¡Dios solo sabe qué auxilio podria salvarnos! Perseguirlos, sería sacar el mismo fruto, que anatematizar una secta religiosa.» Niebuhr tenia razon, y ya hemos visto como todas las medidas coercitivas de los gobiernos han venido á estrellarse contra el firme entusiasmo de estos jóvenes sectarios, y los acontecimientos últimos, sucediéndose con tan espantosa celeridad, confirman mas y mas tan tristes previsiones. Nos parecemos en gran manera al remero de Virgilio; en vano forcejeamos y luchamos con ánimo y valor con la corriente; el rio se hincha y muge, y el barco secular que lleva en sus flancos el orden social, se detiene en su curso sin querer secundar nuestros esfuerzos, arrojándose en medio de las tempestades, buscando un cielo desconocido.

Hubo, sin embargo, algunos años de esperanza; la tormenta parecia disipada, y los enérgicos manifiestos de los gobiernos suizos prometian á la nueva generacion una atmósfera política mas tranquila, y el respeto, un momento desaparecido, á las leyes humanas; todavía, por fortuna, no se habia tratado de las divinas. Empero las raíces del árbol caído permanecian intactas; y en vez de seguir el prudente consejo de Niebuhr arrancándolas de las entrañas de la tierra, se las dejó que se estendiesen pacíficamente en su seno; y cuando el vulgo imprevisor alzaba sus hombros con desprecio, y reia de los peligros que amenazaban á la sociedad, vióse de repente aquellas raíces carcomidas, arrojar por todas partes nuevos vástagos, mas fuertes y vigorosos tal vez, y de seguro mas temibles, que ese republicanismo alemán que se presenta hoy dia con tan modestas pretensiones, y en la apariencia tan pronto sofocadas.

En efecto, este republicanismo, segun hemos dicho, aceptaba como base de sus doctrinas los grandes principios de Dios, la familia y la propiedad. Tan solo atacaba el orden político, persuadido que con la libertad fundada con el apoyo del pueblo, los problemas sociales se resolverian por sí mismos, bajo la vigilancia, es verdad, pero sin el apoyo directo del estado. Tan solo despues de inútiles tentativas, y hácia el fin de su carrera, se alió, aunque con cierta repugnancia, con las clases inferiores de la sociedad: su máxima política podia en el fondo traducirse como la de los doctrinarios por aquellas célebres palabras: «Todo para el pueblo, pero sin él.» La aristocracia de la inteligencia tardará mucho tiempo en firmar su abdicacion.

Desgraciadamente, tanto para los conspiradores como para los doctrinarios, era falso este axioma, y los acontecimientos se han encargado de probarlo. Los republicanos de la *Burschenschaft* habian querido establecer la república sin el concurso del pueblo, y el pueblo casi por todas partes, sordo á su llamamiento, los dejó condenar, encarcelar y desterrar, sin cuidarse gran cosa del sino fatal de sus *bienhechores*. Esta primera leccion fue severa asaz para que no se perdiera enteramente su recuerdo: además, los directores del partido habian, por fin, comprendido que las libertades políticas interesan muy poco á los jornaleros y artesanos que ganan su vida con el sudor de su frente,

y que las necesidades materiales y los goces de la existencia debian tener para ellos mayor aliciente que el placer de humillar la aristocracia, ó de elevar á un individuo al rango elevado de presidente. Empero se presentaba una dificultad: el cristianismo permanecia en pie, y las naciones ofrecian un vasto arsenal de leyes penales destinadas á contener la audacia de sus deseos. Por consiguiente estos no podrian nunca realizarse mientras no se hubieran destruido estas antiguas barreras circunscritas por la religion y la ley: la sociedad hasta entonces, y con esta salvaguardia, era una fortaleza intomable; por lo cual era preciso volver á sitiaria de nuevo, atacándola con nuevas máquinas de guerra, y por el lado cuya defensa se hallaba mas descuidada. Los sitiadores tenian, sin duda, comunicaciones con la plaza; mas esto, sin embargo, no bastaba. Asaltarla era imposible: preparáronse, pues, las baterías, y uno de los periódicos de aquella época, redactado con mas habilidad y finura, los *Archivos de Halle* (1838), órgano de la reciente escuela de Hegel, se encargó de comenzar el fuego.

Como es fácil de comprender, empresa tan peligrosa reclamaba una prudencia estrema. Era preciso, ante todo, contemporizar con los antiguos republicanos que combatian por la república hacia veinte años, mientras que se alentaba la fogosa impaciencia de los hombres de la época, abriéndoles un nuevo y mas estenso horizonte. Bajo este punto de vista los filósofos de Halle imitaron con gran ventaja á sus predecesores. Estableciéronse, al parecer, dos enseñanzas; en las cátedras de la universidad, y sobre todo en el periodismo, la nueva escuela permanecia puramente especulativa: y de este modo, sin aparecer que descendia á la práctica vulgar, ponía poco á poco en cuestion, con grande aparato y frases filosóficas, los antiguos cimientos sobre que se hallaba basada la sociedad. ¿Qué podian decir á esto los gobiernos? Discutiase en las nubes, y para la inteligente é ideal Alemania no eran estraños estos primeros ensayos de metafísica. Empero bajo éstos se ocultaba la enseñanza *esotérica*; y las imaginaciones juveniles, entusiasmándose con tan brillantes sistemas, reclamaban al momento un campo para poner en práctica sus ideas, presentándose sus maestros sin demora: y alejándole sin tardanza de los demás estudios que pudieran atraerle y ocuparle, le encerraban sin piedad en sus teorías, verdaderas momias de Egipto, cuyas ligaduras era preciso romper al fin, arrojándole en el mundo que iban á renovar. ¡*Materializar el pensamiento!* hé aquí la sola áncora de salud que quedaba á la sociedad, y esta trasformacion debia operarse por todos los medios, cualquiera que ellos fuesen. ¿El fin no santificaba los medios? Empero era preciso, ante todo, dirigirse al pueblo: la grande esperanza consistia en agitar fuertemente esas masas hasta entonces sordas á los esfuerzos y clamores del pensamiento, y para esto eran necesarias dos condiciones; presentar esas teorías de tanta trascendencia bajo una forma accesible á las inteligencias mas vulgares, y encontrar un pais que se prestase al ensayo que se intentaba hacer. Los discípulos de Ruge, gefe de la nueva escuela de Hegel y Feuerbach, sobre todo, se encargaron de este primer apostolado, y la Suiza, como siempre, fue la elegida para tamaño experimento.

II.

El cristianismo recibió los primeros ataques, porque era necesario á toda costa arrancar de las masas sus antiguas creencias y adoracion: al efecto se publicaron é hicieron circular rápidamente un gran número de folletos impíos, y

Feuerbach sistematizó la nueva doctrina en su libro la *Religion del Porvenir*. Además, la escuela de Strauss y de Bruno Bauer preparaba con gran cuidado el campo, en el que la jóven Alemania se proponía recoger abundante mies. La influencia del libro de Feuerbach fue rápida y decisiva. «Ya sabeis, escribia uno de los principales agitadores de la Suiza francesa (8 de Octubre de 1844), qué inmensa influencia egerce sobre nuestras sociedades la *Religion del Porvenir*. Todos, sin escepcion alguna, desean poseer ese libro, que no tiene todavía rival; empero por 12 batz (7 reales) es demasiado caro, y nuestros afiliados tienen que contentarse con leer el egemplar de la biblioteca. Escritos de esta especie debian leerse y releerse de contino para que se fijaran en la imaginacion, y produjeran utilidad.» De este modo la *Religion del Porvenir* concluyó por ser el evangelio de la nueva sociedad, siendo para la jóven Alemania su Contrato social, ó las Palabras de un creyente. No nos parece, pues, fuera de propósito el dar un sucinto extracto de sus doctrinas, presentando su quinta esencia á la consideracion de nuestros lectores.

Segun Feuerbach, toda religion, de cualquier especie que sea, tanto el cristianismo, como la idolatría de los negros, no es mas que un producto de la imaginacion, una especie de vapor que aturde nuestra cabeza, y al cual, engañados por una ilusion óptica, le damos un valor obyectivo. De esta proposicion dimana el corto diálogo que precede á la *Religion del Porvenir*.

Pregunta. ¿Qué tiene que hacer la religion con el progreso?

Respuesta. Nada y todo. Nada, porque desprecia el progreso de este mundo. Todo, porque nos detiene en el camino del progreso.

P. ¿De qué manera nos detiene la religion en el camino del progreso?

R. Porque en su nombre es como los hombres retrógrados nos predicán la sumision y obediencia misma del esclavo, lo cual es contrario al destino del hombre.

De aquí resulta, pues, que las ideas fundamentales de esta secta pueden reasumirse del modo siguiente:

«El cristianismo no es mas que una tentativa errónea para satisfacer el deseo del hombre de encontrar la felicidad; felicidad que coloca en el otro mundo, pero que en realidad no existe sino en su imaginacion. Nuestra época mas avanzada, pide otra direccion, *la del hombre por sí mismo*.

«Solo el hombre es nuestro Dios, nuestro padre, nuestro juez, nuestro salvador, nuestra verdadera patria, el objeto de nuestra vida y de todos nuestros esfuerzos. Fuera del hombre no hay salvacion.

«¿Quereis asegurar á la sociedad una paz duradera? Simplificad ante todo la conciencia del pueblo. Esta paz no la lograreis mientras no alejéis con prudencia y poco á poco el cristianismo del ánimo del pueblo.

«La mision de nuestra época es transformar los cristianos en hombres, y hacer de los hombres ciudadanos: el que no quiera trabajar con nosotros es nuestro enemigo.»

Tales fueron los cimientos que puso Feuerbach, sobre los que se debia plantear el nuevo edificio. Veamos ahora en qué términos los esplanó W. Marr, uno de sus mas fervorosos discípulos en sus «Hojas del tiempo presente para la vida social (1).»

(1) Publicadas en Laussana en 1844 y 45.

«Es preciso enseñar al pueblo qué posición tan ignoble ocupa el hombre en el mundo.... es preciso mostrarle cuán falsa es en su base la organización actual de la sociedad.

«Nada se sabe todavía del *hombre social*; tan solo conocemos *la bestia social*. Se dejan amansar y dominar, y de este modo se pierde toda fuerza de voluntad. Mas, ¡por vida del león del desierto! si el hombre quiere ser algo, debe tornarse salvaje. Que salga de la cárcel de hierro donde le tienen encerrado, paseándole y enseñándole para hacer ver su mansedumbre. Nuestros valientes domadores de fieras colocan tranquilamente sus cabezas entre sus quijadas, porque saben que no las ha de cerrar. Empero ¡*¡guay si muere un día!*

«Cuando un pueblo ha arrojado lejos de sí sus fiadores de niño, y tiene fuerza para hablar, es de esperar que muy pronto sabrá para qué le sirven las manos. ¡Ojalá no tarden los alemanes en saber que tienen fuerza en los puños!

«¿Dó están los frutos de vuestros esfuerzos, y de vuestro antiguo liberalismo? ¡Qué fastidio me inspirais! Mr. Tschech (1), ese hombre heroico, ha tratado por su parte de cambiar esa monotonía que nos rodea: empero su tentativa no ha tenido, *por desgracia*, resultado alguno, contentándonos con el antiguo refran:

Os pido, por Dios, un hombre
Duro, asesino, brutal;
Vuestra virtud me fastidia,
Y aborrezco la moral.

«Vosotros todos, jóvenes alemanes de noble corazón y de sentimientos puros, que soñais todavía con los preceptos de vuestras abuelas y de vuestros ministros; que dejais debilitar vuestra energía y entusiasmo con el fantasma de una Providencia, dirigiendo á su guisa á los hombres como las muñecas de un teatro, pensad que en vosotros *solos* existe el poder de dar otra dirección á este mundo corrompido, y que vosotros *solos* podeis destruir ese tejido de embustes y de falsedades, de que se halla llena nuestra organización social.

«Y vosotros, miserables y hambrientos proletarios que tanto se os abate, ¿á qué vienen vuestras murmuraciones y vuestras incesantes quejas; vuestros ruegos y vuestra cobardía? ¿Por qué no os persuadís que el día que *lo querais* sereis *vosotros* los poderosos; vosotros, que sois la inmensa y fuerte mayoría; vosotros, que sois las *masas*?

«Y vosotros también, grandes y ricos de la tierra, mirad en vuestro alrededor, y medita antes que sea tarde: ¿ignorais que la venganza popular será terrible y sangrienta?... pero á todo cerrais vuestros oídos. ¡Ojalá la cadena que vosotros mismos os habeis forjado os ahogue, y con vosotros perezcan todos los verdugos de la humanidad!

«Cuando hayan desaparecido de entre nosotros las palabras de Estado, Iglesia y Propiedad, entonces tendremos fe en el porvenir. Que hasta entonces permanezca la espada desnuda en nuestras manos, y no haya paz ni sosiego para el hombre.

«De tal amo, tal trabajo. El respeto á la propiedad lo inspiran los gendar-

(1) El asesino del rey de Prusia.

mes y polizontes, y lo mismo sucede con respecto á Dios. ¿Qué importa que los gendarmes vistan uniforme azul ó negra sotana?

«La antigua sociedad desaparecerá, pero de un modo pacífico. Llegará este tiempo, cuando el hombre se decida á romper las cadenas que le aprisionan. ¡Ah! no pidáis al que ha nacido y criádose en una cárcel la accion y fuerza de un hombre libre, antes que recobre su libertad. ¿Y qué es nuestra sociedad, sino la prision que el hombre se ha edificado con sus propias manos? Ya me habeis comprendido. Es preciso pelear. No olvideis nunca que *teneis el derecho si sabeis usar de él.*»

«La verdadera libertad no principia sino con el ateismo.

«¿Quereis ser vosotros los únicos ciegos, cuando todo el mundo en vuestro derredor abre los ojos y comprende, en fin, que el jesuitismo, el catolicismo, y el protestantismo, difieren tan solo en sus ritos y ceremonias, pero que en el fondo todos tienden al mismo fin, esto es, el de formar al hombre para otro mundo desconocido? Estos son, pues, los principios que queremos destruir, nosotros que somos los soldados al servicio de este mundo que habitamos.»

Hemos ya dicho la teoría de estas doctrinas; veamos ahora la historia y sus detalles íntimos: las publicaciones de la jóven Alemania, y los documentos cogidos por la policia de la Suiza, nos servirán de guia.

(Se continuará.)

UN MISTERIO *.

Al oír esta declaracion, esta respuesta tan positiva, tan imprevista, á la idea de un marido, *encontrado ya*, que solo esperaba su consentimiento, el alma casta y cándida de la niña se ruborizó, se puso trémula, y con un tono que indicaba á un mismo tiempo la emocion, el temor y el placer, le dijo:

—¿Quereis chancearos, no es verdad, mi buen amigo? ¿quién se habia de querer casar con una jóven pobre como yo, que nada tiene en el mundo, y cuya madre enferma seria una carga para el que le diera la mano?... y esta idea le hizo saltar las lágrimas.

—Escúchame, niña mia, le dijo el caballero, sentándola sobre sus rodillas, como hubiera hecho con su propia hija: el casamiento que se presenta para ti es magnífico.... un hombre ilustre, un marido jóven y buen mozo, un título de princesa, y trescientas mil libras de renta se te ofrecen.

—Ese es un cuento de brujas, respondió Blanca sonriéndose.

—Es una historia muy verdadera, replicó el caballero, aunque de las mas inverosímiles; pues por nada en el mundo, querida niña mia, quisiera sacarte de la triste realidad de tu actual situacion, dándote esperanzas brillantes y engañadoras.

—¡Rica! exclamó Blanca; ¡rica! ¡seré yo rica.... mi madre no será ya desgraciada!

Y desde las rodillas del caballero saltó á las de la marquesa, y la estrechó

* Véase la *Revista* anterior.

con ternura entre sus brazos. La pobre ciega conoció á su hija por sus besos, y le devolvió sus caricias, gozosa porque la sentía en su corazón, cuando sus ojos no podían admirarla, ni sus oídos oír-la. Para Blanca, aquel pomposo título, aquel marido buen mozo, que el caballero le anunciaba, todo desaparecía ante un solo pensamiento, la felicidad de su madre, y los medios de sacarla de su cruel posición.

El caballero, conmovido con aquel arrebato de ternura filial, estuvo á punto de decírselo todo, y revelarle *el terrible misterio*, precio secreto de tan magnífica unión; pero dudando del valor de Blanca, temió que hasta su amor á su madre no pudiera resistir esta revelación, y se confirmó en su propósito de cambiar la suerte de sus dos amigas, á pesar de ellas mismas, tomando sobre sí toda la responsabilidad de la acción que iba á cometer.

Blanca volvió al lado del caballero, que estaba pensativo y callado. El corazón de la buena hija se había desahogado primero, pero el de la jóven á quien se anunciaba un marido sentía una curiosidad muy natural, y un vivo deseo de volver á hablar de tan interesante asunto. Pero emprender sola esta delicada cuestión le parecía muy difícil, y el caballero no estaba, al parecer, dispuesto á ayudarla mucho; hasta que armándose, por fin, de todo su valor, pasó uno de sus lindos dedos por uno de los rizos empolvados de aquel, y con un tono, á que quiso dar el mayor aire de indiferencia, le dijo:

— ¿Habeis visto á ese hermoso príncipe de las Mil y una noches? porque debe ser cuando menos un sultán de las Indias, que ande buscando alguna pobre hada muy oculta, que lo debe libertar de un mal génio.

— No lo he visto, contestó el caballero de San Lorenzo, pero me han enseñado su retrato, y os aseguro por mi honor que jamás he visto figura mas noble, ni facciones mas hermosas.

— ¡ Ah! ¡ tanto mejor! exclamó Blanca, no pudiendo contener su gozo; pero avergonzada y confusa en seguida, se puso tan colorada como una cereza, y abrazó al caballero para que no lo advirtiera.

— Hija mia, le dijo éste entonces con gravedad, no sin razón hablaba yo ahora poco delante de ti de un matrimonio casi dichoso, porque el que te propongo está absolutamente en este caso... al menos en cuanto al presente. El marido noble y rico, de quien se trata, no te puede dar sino su nombre y su riqueza, porque en el día mismo de vuestra unión se marchará por mucho tiempo, ó tal vez para siempre.... Tu nueva vida te dejará pues, tan sola, como lo has estado desde la infancia, y será preciso que te contentes con la ternura de tu madre y mi vivo afecto. Reflexiona, pues, sobre esta estraña suerte, sobre esta viudez anticipada, que debe principiar al separarte del altar, para entristecer tu existencia entera, y concluir sin duda con ella.

Blanca, llena de sorpresa, y casi de espanto, lo escuchaba pálida temblando. Cada palabra del caballero concentraba en su alma las alegres sensaciones de dicha, que habia producido la primera parte de su confidencia: aquel horizonte tan hermoso, la perspectiva de una vida apacible de dos personas, la esperanza de ser amada de un esposo, sueños encantadores que dilatan el corazón, cual flores hermosas de la primavera de la vida, en las jóvenes mas honestas é inocentes, todo se desvanecía en un instante para la pobre Blanca.... De todo aquel edificio de felicidad, tan prontamente construido, solo quedaba un título y el dinero.

—¿Pero por qué me ha de dejar así? pronunció ella con voz turbada y conmovida.

—¡Ay, pobre niña mía! dijo el caballero, nuestra situación en este extraño negocio es tal, que podemos muy bien negarnos, pero no preguntar ni obtener la solución de tan singular enigma. Mucho he batallado, te lo juro, sobre todas las condiciones de este casamiento; *sobre todas*, entiéndelo bien; y recalcó mucho estas palabras; pero en nada ha querido ceder una voluntad de hierro..... Pagarán tu mano con un brillante título y una inmensa riqueza.... A ti te toca ver, consultando tu amor á tu madre, si quieres ceder á este precio semejante tesoro.

—¡Mi buena madre! dijo Blanca con un profundo suspiro, buscando en su alma la fuerza y valor necesario para aceptar una suerte, que la aterraba, á su pesar.

—Tu madre, repuso el caballero, que habia reservado la última arma, el arma decisiva para la victoria; tu madre, gracias á esta riqueza, podrá encontrar el remedio de sus dos dolencias.

Y en seguida le refirió todo cuanto le habia dicho el doctor Luis sobre el médico alemán y sus maravillosas curas.

El caballero habia atinado el golpe, pues con la esperanza que hizo brillar á los ojos de Blanca, ésta se puso en pie de repente, y mostrándole á su madre, exclamó con el acento de la mas sublime ternura:

—No temais que me cause penas ni disgustos ese casamiento, amigo mio; la felicidad que le deberé las borraré todas, y desde luego acepto sin titubear el esposo que me proponéis.

—Hija mía, dijo la marquesa con voz débil, me siento algo fatigada. Me parece que debe ser tarde. Y en seguida añadió, creyendo estar sola con ella: bastante aceite hemos quemado esta noche; es preciso economizar, que estamos á principios de mes, y nos quedan, á lo mas, dos luises para concluirlo.

—Apaga tu lámpara, hija mía, dijo el caballero de San Lorenzo á Blanca, yéndose y besándola en la frente; dentro de ocho dias tendrás trescientas mil libras de renta.

Un hermoso sol de invierno, uno de esos soles burlones que juegan á la primavera algunas veces en mitad de Febrero, y hacen salir de sus casas algunos temerarios pantalones de verano, pasmados de ver empezar su reinado tan pronto; uno de esos soles que se parecen á las frutas primerizas, que solo tienen su engañosa apariencia, vibraba sus rayos sobre las ventanas del taller de la señora Prudencia. Las jóvenes trabajadoras se regocijaban con este suave calor, como se abren las rosas de Mayo, que tan bien imitaban sus ágiles dedos, y mientras que la respetable dueña del almacén andaba por la ciudad cobrando sus facturas, aquellas muchachas se indemnizaban de las largas horas de silencio con una cháchara de las mas animadas. La señorita Victoria, entre ellas, vestida de un modo que indicaba proyectos muy decididos de conquista, espiaba todos los ruidos exteriores para distinguir primero que ninguna los pasos del hermoso Anatolio Simonet.

Porque Anatolio Simonet, á quien no habia lisonjeado la triste embajada de su querida tia, despues de haber llorado tres semanas seguidas el doble calabro de su amor y su amor propio, dos hermanos gemelos, que nunca van el uno sin el otro, se habia al fin avenido á la razon, segun afirmaba su tia, á

quien primero habia alarmado mucho su pesadumbre. Y la razon del hermoso Anatolio consistia en cometer mil locuras, para embriagar, decia, su corazon, para aturdirse sobre sus penas secretas, para olvidar, en fin. Mas como á aquel sensible corazon le hacia falta un amor honesto para los dias de decepcion, de lluvia ó de soledad, un amor casero, que lo pudiera encontrar en el paterno hogar de su tia, habia puesto los ojos en la sentimental Victoria, y á ella le habia destinado el lisonjero empleo de llenar los vacíos de su alma, y las lagunas de sus pasiones esterioras. Victoria se creia la única amada, y vivia en la ciega creencia de que las flores del himeneo reemplazarian para ella algun dia las de los amores.

Abrióse de repente la puerta del taller, y entrándo Anatolio como un huracan, tiró su sombrero sobre el mostrador, y exclamó con voz de cantor ronco:

—Este sí que es sainete, un verdadero sainete... ¡El padre Daquin se casa!... ¡Ese viejo caracol salido de su concha, y que no puede dejar de gozar, como tal, de uno de los mas bellos atributos del matrimonio!... ¡El padre Daquin casarse!

Tal vez me preguntareis, continuó diciendo, imitando el tono de un vendedor de contravenenos, ¿qué es lo que va á hacer? lo que hará, señorita, es lo que se puede hacer con ese sexo amable, cuando se llevan á cuestras tres docenas de primaveras, y otros tantos inviernos, sin contar los otoños.... cuando se goza de una coleccion de reumatismos capaz de contentar á un hospital.... y cuando á todo esto se agrega un catarro, un asma, y otras agresiones de la misma clase.... pues bien, señores y señoras, esta amable momia va á unir su suerte á la de una individua de la mas bella mitad del género humano, cosa de que no puedo dudar, pues ayer mismo fue á casa de mi principal Mr. Bonami á mandar estender un contrato matrimonial.

A esta magnífica arenga siguió una risa general, y todas aquellas muchachas celebraron la dicha de la nueva esposa, cuyo nombre no sabia Anatolio.

—Daria cualquier cosa por conocerla, dijo Juliana.

—Y yo por darle la enhorabuena, añadió Josefina.

—Y yo por animarla á casarse con tan escelente sugeto, dijo Victoria, que exceptuando la persona de Anatolio, tenia marcada aficion á los millones que se le suponian; porque si el dinero de un viejo no sirve para enriquecer á una muchacha jóven, ¿para qué ha de aprovechar?

—Pero á todas las muchachas en general y en particular.... repuso Anatolio haciéndose un verdadero Fronsac; eso seria mas justo y mas divertido.... se arrebatarian unas á otras al Creso, lo mimarian, y él moriria de trufas y de amor en tres meses, dejando diez viudas desconsoladas, que dividirian entre sí sus luises y sus pelucas antiguas. Esa seria una suerte envidiable.

—Señor Anatolio, dijo Victoria con afectacion, predicais una malísima moral, y pareceis un hombre estragado.... pero ya lo veremos despues.

El D. Juan del oficio de Mr. Bonami no tuvo tiempo para responder á la virtuosa Victoria, porque una de las muchachas que habia salido, hacia un rato, á evacuar un encargo, entró muy agitada, gritando:

—Compañeras, compañeras, ¡ahí está! ¡él es!... ¡el de las almendras y pastillas de chocolate!... ¡nuestro amigo antiguo el padre Daquin!

—¿El padre Daquin? dijeron todas á un tiempo, corriendo unas á la ventana que caia á la calle, y otras á la meseta de la escalera.

Era Antonio Daquin, en efecto, el que subía por la escalera de la florista, habiéndose apeado de un magnífico coche, con dos soberbios caballos tordos, y un cochero con gran librea. Pero en su figura, en sus maneras, y hasta en el traje del viejo había habido una completa trasformación: sus facciones, siempre cáusticas y malignas, mostraban una dignidad que nunca se le había visto; su cuerpo parecía menos encorvado; y á su vestido viejo color de castaña había sustituido un frac negro á la francesa, pechera de encage inglés, y una placa de brillantes de una orden estrangera en el pecho. Subía despacio la escalera de la florista, precedido de un lacayo, cuando al llegar á la meseta del primer piso, se halló rodeado de pronto por las muchachas, que lo saludaban con gritos de júbilo y mil reconvenciones confusas por su ausencia, y esperaban verle entrar, como de costumbre, en el taller para desocuparle sus bolsillos, verdadero almacén de confitero. Mas al ver el lacayo con galones el respetable continente de su antiguo amigo, y su rica decoración, callaron todas y quedaron atónitas viéndolo subir gravemente al piso segundo á casa de la marquesa de Montaran, despues de haber contestado con un mero saludo afectuoso á todas las muestras de aprecio que le habían prodigado.

— ¡Ya caigo! exclamó el oficial segundo de notario, volviendo á entrar en el taller, y dando un puñetazo sobre el mostrador con furioso despecho, ¡es la palomita en cuestión! ¡Es vuestra antigua compañera *la marquesita*, con la que se casa el viejo buitre!... ¡Los millones han surtido su efecto!

Mientras tanto abría Mariana la puerta de la habitación del segundo piso á Antonio Daquin, que entró en la sala de recibo de la marquesa de Montaran, donde ésta, Blanca y el caballero se hallaban reunidos.

— Señorita, dijo Antonio Daquin, despues de haberle hecho á Blanca el mas profundo y respetuoso saludo, siento que la situación de la señora marquesa de Montaran no me permita dirigirme á ella en la grave circunstancia que me trae á vuestra casa; pero el señor caballero de San Lorenzo, á quien teneis por tutor y padre, ha tenido á bien autorizarme para que os manifieste los deseos de que soy intérprete.

Y acercándose en seguida á la jóven, añadió con la mayor nobleza y dignidad:

—Tengo el honor de pedir os vuestra mano para mi antiguo pupilo y amigo, monseñor el príncipe Odoardo Metzerski.

X.

El artículo secreto.

HEMOS dejado á cuatro de nuestros principales personajes juntos en la sala de recibo de la marquesa de Montaran, en el acto de bajar el telón sobre la anterior escena de nuestro drama, y los volvemos á encontrar al alzarlo, en la misma situación que los payos de aquella comedia, que se supone han estado haciéndose cortesías en la puerta de una sala, durante un acto entero.

Antonio Daquin, ó por mejor decir, el conde Voromsóf, había manifestado en breves palabras los títulos, en cuya virtud había ido á hacer una petición formal de casamiento, pues como pariente del príncipe Odoardo, huérfano desde la niñez, le había servido de padre, y no se había separado nunca de él.

Bajo el nombre vulgar de Antonio Daquin habia podido conocer y tratar á la señorita de Montaran, apreciar sus virtudes y atractivos, y hallarla digna por todos conceptos de unirse á los Metzerski, que eran una de las familias mas ilustres de Rusia. Blanca, con los ojos bajos y con tono frio y modesto, habia contestado sencillamente que aceptaba la mano del príncipe; y durante esta solemne escena, la pobre madre, inmóvil y muda, no se figuraba que su hija única, su hija adorada, empeñaba por causa de ella su libertad, su corazon y su porvenir. El viejo conde se levantó, habló á parte algunas palabras con el caballero, saludó respetuosamente á las dos señoras, y se fue.

Todo el taller de las floristas, con Victoria á la cabeza, estaba acechando su marcha, y le salió al encuentro en la meseta de la escalera del primer piso. Esta vez se detuvo el conde, y les dijo:

—La señorita de Montaran se casa dentro de ocho dias; hacedme el gusto de componer para ella la corona nupcial mas hermosa que hayais hecho nunca, con el ramo que se acostumbra además. En esta cartera teneis el precio de mi encargo, y si por casualidad contiene mas de *quinientos francos*, que son los que destino para ello, espero que permitireis á un antiguo amigo, que os ofrezca lo que sobre en nombre de vuestra antigua compañera; este será su regalo de boda.

Y montó en su coche, mientras que aquellas muchachas, llenas de otra nueva curiosidad, volvian á entrar tumultuariamente en el taller, abrian la cartera, y encontraban en ella *doce mil francos*.

Algunas horas despues de la marcha del conde Voromsf, Blanca, con la cabeza apoyada sobre su linda mano, y sentada sobre un taburete á los pies de la marquesa, la miraba por primera vez sin verla. Sus pensamientos habian salvado el estrecho salon de la calle de Santa Catalina para vagar por un mundo imaginario, y su alma y su corazon tenian esa media vida, que ni es estar despierto ni dormir. Aquel extraño casamiento, aquel título, aquella inmensa fortuna se le representaban como esas fantásticas ilusiones de la noche tan marcadas, que dejan, al desvanecerse, según haya sido su género funesto ó alegre, todo el terror ó todo el placer que causaría la realidad. La pobre niña solo sentia la parte amarga de este dorado sueño. La riqueza, cuyos goces nunca habia conocido, no compensaba para su alma amante y medrosa, ni el terror que le inspiraba este raro casamiento, ni la profunda y cruel humillacion que sentia, sin explicársela, por el abandono que le iba á seguir. Despues de realizado su sacrificio, despues que habia prometido su mano, experimentaba, sin querer, cierto odio contra el sér misterioso que así compraba con su oro, su porvenir y su libertad.

Embebida en estos dolorosos pensamientos, vió entrar en la sala á un desconocido, que introducía Mariana, y que le dijo con acento alemán muy marcado:

—¿No es á la señorita de Montaran á quien tengo el honor de hablar?

Blanca le contestó con un saludo.

—Vengo á veros, continuó diciendo el estrangero, enviado por S. E. el señor conde de Voromsf, de parte de monseñor el príncipe Odoardo Metzerski, para ofrecer mis conocimientos á vuestra señora madre, alligida con la doble pérdida del oido y la vista.

—¿Sois vos, señor, respondió Blanca con voz conmovida, sois vos de quien tantas veces nos ha hablado el doctor Luis, celebrando vuestro mérito y talentos?

—El doctor Luis, repuso el médico alemán, es tan indulgente como todos los hombres de mérito, pero yo me tendré por dichoso si puedo justificar su confianza y la vuestra.

En seguida se acercó á la marquesa, que le designó Blanca, la examinó escrupulosamente, se aseguró del estado de sus ojos, é introdujo en su oído una trompetilla acústica sin poder lograr hacer oír ningun sonido á la enferma; mas á pesar de todos estos tristes síntomas le dijo á Blanca al despedirse:

—Valor, señorita; esto será tal vez largo, pero tengo mucha esperanza.

Apenas hubo salido el médico se hincó Blanca de rodillas para dar gracias á Dios por esta consoladora visita, y este fue el primer momento de alegría que tuvo al cabo de mucho tiempo, aunque casi sintiendo al mismo tiempo deberse-lo al príncipe Metzerski.

Aquella misma noche se reunieron el conde Voromsf y el caballero de San Lorenzo en el despacho del notario Mr. Bonami, donde se estendia el contrato matrimonial del príncipe y Blanca. El conde indicaba al notario todas las grandes donaciones que hacia el príncipe á su esposa: el capital de las trescientas mil libras de renta, del que ya se hallaba impuesta una parte bajo su direccion, se completaba con una suma inmensa en metálico y otros valores escelentes, que pasaban á ser, así como lo demás, propiedad entera y absoluta de la princesa. Hasta aquí todo iba muy bien, y Mr. Bonami se llenaba de gozo con la magnífica generosidad del príncipe, cuando el conde Voromsf, volviendo á tomar la palabra, enteró al notario del artículo secreto, aceptado con tanto dolor por el caballero. Durante esta comunicación bajó San Lorenzo tristemente la cabeza, y ocultó entre las manos su pálido y abatido rostro, lleno de gotas de sudor frio.

T. por D. R. de C.

(Se continuará.)

REVISTA SEMANAL.

TEATRO. *La Hermosa de los cabellos de oro* ha continuado llamando al teatro una concurrencia extraordinaria, y cual ninguna otra magia ha proporcionado. El martes 2 se suspendieron sus representaciones para dar lugar á la funcion dispuesta por el señor gefe político y Excmo. ayuntamiento, cuyo producto ha de invertirse en mejoras de la capital. Egecutóse la sin par comedia de Moratin, *El Sí de las niñas*, en la cual anduvieron acertadísimos las señoras Valero, García y Orgáz, y los señores Guerra, del Rio, Ibañez y Orgáz; y nada hubiera faltado á la ilusion escénica, si el señor Guerra hubiera estado vestido con mas propiedad. La compañía de ópera cantó el segundo acto del *Attila*, en el cual fueron como siempre aplaudidos la señora Cattinari y el señor Palma. La tonadilla de *Los Majos de rumbo* fue tambien cantada por la primma donna y el señor del Rio, mereciendo los honores de la repetición entre numerosos aplausos; y dió fin á la funcion un baile bien presentado, y *La Tragedia del Buñuelo*, en que tomaron parte los principales actores.

El teatro estaba lleno, y con esta funcion quedaron contentas las autoridades, que llenaron sus laudables intentos, y la empresa, que cubrió sus atenciones con ventaja: ¿quedarían tambien contentos los que trabajaron *gratis*? no lo dudamos, porque la filantropía es inherente á los artistas del siglo XIX.

Por indisposicion del señor Palma no pudo cantarse el dia 4, como estaba anunciado, la *Lucía*, de Donizetti; según nuestrás noticias se pondrá en escena el miércoles 10. — G.